

de las cualidades de discreción, de reserva, de sumisión y de bondad. « Por severa que parezca esa educación, dice M. Lavallée, inspirará amargas reflexiones á los que observan el modo con que hoy se educa á las mujeres, los resultados de esa educación de lujo y de placeres, no sólo para el hogar doméstico sino aún para la sociedad y para la vida política, y el porvenir y los hombres que para Francia prepara; les hará preferir esa educación viril, por decirlo así, que purificaba las costumbres privadas y daba nacimiento á las virtudes públicas y apreciar y echar de menos esa obra de madama de Maintenón, que impidió durante un siglo que la corrupción de la corte llegara á las provincias y que mantuvo en los vetustos castillos, de donde salía la mayor parte de la nobleza, virtudes firmes y costumbres sencillas y antiguas. ».

## LECCIÓN XI

ROLLIN

La universidad de París. — Estatutos de 1598 y de 1600. — Organización de las diversas Facultades. — Decadencia de la universidad de París en el siglo XVII. — Levantamiento de los estudios y Rollin (1661-1741). — El *Tratado de los estudios*. — Juicios diversos. — División del *Tratado de los estudios*. — Reflexiones generales acerca de la educación. — Estudios de la infancia. — Educación de las jóvenes. — Estudio del francés. — El griego y el latín. — Rollin como historiador. — Enseñanza de la historia. — La filosofía. — Enseñanza científica. — Carácter educativo de la pedagogía de Rollin. — Disciplina interior de los colegios. — Educación pública. — El látigo. — Castigos en general. — Conclusión.

**La universidad de París.** — Desde el siglo XIII la universidad de París había sido un foco de luz y un lugar de cita para estudios, y Ramus pudo decir: « Esta universidad no es la de una ciudad solamente sino la del mundo entero. » Pero en la misma época de Ramus, á consecuencia de las discordias civiles y también de los progresos de los colegios organizados por la compañía de Jesús, la universidad de París declinó y vió disminuir el número de sus discípulos.

Obstinábase además en pleno Renacimiento en seguir los añejos reglamentos que el cardenal de Estouteville le impuso en 1452; aferrábase á la rutina y á los métodos escolásticos y hacíase necesaria una reforma: Enrique IV la realizó en 1600.

**Estatutos de 1600.** — Los estatutos de la nueva Universidad fueron promulgados « por orden y volun-

tad del muy cristiano y muy invencible rey de Francia y de Navarra Enrique IV ». Era la primera vez que el estado intervenía directamente en las leyes de la educación y que oponía su poder laico á la autoridad absoluta de la Iglesia.

En los siglos décimo-tercero y décimo-cuarto había sido reformada la Universidad por los papas Inocente III y Urbano V. El reformador de 1452, cardenal de Estouteville obraba también como legado del poder pontifical. Los estatutos de 1600 fueron obra, por el contrario, de una comisión nombrada por el rey y de la cual además de algunos eclesiásticos formaban parte magistrados y aun profesores.

**Organización de las diversas Facultades.** — La Universidad de París comprendía cuatro Facultades: la de Teología, la de Derecho y la de Medicina que correspondían á lo que hoy llamamos enseñanza superior, y la Facultad de Artes, que equivalía casi á nuestra enseñanza secundaria.

Sería demasiado largo enumerar aquí las diversas innovaciones introducidas por los estatutos de 1600 y sólo diremos unas cuantas palabras sobre la Facultad de Artes.

En ésta se abría por fin la puerta á los autores clásicos y se obedecían hasta cierto punto las tendencias del renacimiento; sin embargo, los métodos y el espíritu general apenas cambiaban. El catolicismo era obligatorio; la lengua francesa quedaba prohibida; se conservaban los ejercicios frecuentes de recitación y de declamación; las artes liberales se consideraban siempre como « la base de todas las ciencias »; la enseñanza de la filosofía se reducía siempre á la interpretación de los textos de Aristóteles, y en cuanto á la historia y á las ciencias en general ni siquiera se tomaban en consideración.

**Decadencia de la Universidad en el siglo XVII.** — La reforma era pues insuficiente y sus resultados fueron malos. En tanto que los colegios de los jesuitas atraían á los discípulos en masa, y en tanto que los oratoretenses y los jansenistas reformaban la enseñanza secundaria, los colegios de la Universidad continuaban siendo medianos y oscuros. No había allí, sino

con raras excepciones, profesores distinguidos; una educación formalista y servilmente imitada de la profesada por la Compañía de Jesús; el abuso de las reglas abstractas, de los ejercicios gramaticales, de los temas escritos y de las composiciones escritas; ninguna tendencia á caminar hacia adelante; una resistencia tenaz al espíritu moderno, que se manifestaba sea por la prohibición de la filosofía de Descartes, sea por la repulsión á enseñar en lengua francesa; en una palabra, el aislamiento en la rutina inmóvil y por tanto la decadencia: tal es el resumen de la historia de la Universidad de París hasta antes del último cuarto del siglo XVII.

**Levantamiento de los estudios y Rollin (1661-1741).** — Preciso es llegar hasta la época en que Rollin enseñó, para observar un renacimiento en los estudios de la Universidad. Algunos profesores distinguidos, su maestro Hersan, Pourchot y algunos otros le abrieron camino y hubo entonces de 1680 á 1700 un verdadero rejuvenecimiento de los estudios, del que en parte fué Rollin iniciador.

El latín perdía algún terreno y empezábase á reconocer los derechos de la lengua francesa y de la literatura nacional que acababan de ilustrar tantas obras maestras. El espíritu de los métodos jansenistas penetraba en los colegios universitarios; enseñábase en ellos la filosofía cartesiana; concedíase más importancia á la explicación de los autores y alguna menos á la recitación de lecciones; infiltrábase ideas nuevas en la antigua fortaleza de la escolástica; ya se discutía si el celibato era realmente una condición indispensable para la enseñanza; y empezábase á comprender que el matrimonio no era, por lo menos, causa de exclusión; realizábase, en fin, verdaderos progresos tanto en la disciplina como en los métodos, y prueba irrecusable de ello lo es el *Tratado de estudios* de Rollin.

**El Tratado de los estudios.** — Rollin resumió su experiencia pedagógica, experiencia de cincuenta años, en un libro que se hizo célebre con el nombre de *Tratado de los estudios* y cuyo título completo era: *De la manera de estudiar las bellas letras con relación al*

*corazón y al espíritu*. Los dos primeros volúmenes se publicaron en 1726 y los dos últimos en 1728.

El *Tratado de los estudios* no es como el *Emilio*, publicado treinta años más tarde, una obra de investigación audaz y de novedades originales; sino la fiel exposición y el discreto comentario de los métodos usuales. Aunque ese tratado pertenece por su fecha al siglo XVIII, Rollin recogió en él la pedagogía del siglo XVII y las tradiciones de la Universidad bajo el reinado de Luis XIV, de las cuales quiso ser simple narrador. En la dedicatoria latina que dirige al Rector de la Universidad de París, definió netamente sus intenciones y sus fines:

« Mi primer objeto ha sido el de poner por escrito y fijar el método de enseñanza usado desde hace mucho tiempo entre vosotros y que hasta aquí no se ha transmitido más que de viva voz y por una especie de tradición, y erigir, hasta donde sea capaz, un monumento duradero de las reglas y de la práctica que seguís para la instrucción de la juventud, á fin de conservar en toda su integridad el gusto por las bellas letras y ponerlo al abrigo, si posible fuera, de las injurias y de las alteraciones de la época. »

**Juicios diversos.** — Rollin tuvo en todos tiempos entusiastas admiradores. Voltaire llamaba al *Tratado* un libro « por siempre útil » y sean cuales fueran nuestras reservas acerca de los vacíos y de los alcances limitados y reducidos de algunas partes de la pedagogía de Rollin, es preciso adherirse á aquel juicio. Pero no llegaremos hasta el punto de aceptar las calurosas declaraciones de Villemain, que se queja de que en nuestros días se desprecie el estudio del *Tratado* « como si se hubieran descubierto métodos nuevos para formar la inteligencia y el corazón », y que agrega: « Desde el *Tratado de los estudios* no se ha avanzado un solo paso. » Esto es tener en muy poco todos los esfuerzos intentados, hace dos siglos, por pedagogos más profundos que el demasiado tímido y circunspecto Rollin. Cuando se comparan los preceptos del *Tratado* con las reformas que el espíritu de progreso ha consumado, y sobre todo con las que realizará, causa verdadero asombro oír decir á

M. Nisard: « En asuntos de educación el *Tratado de los estudios* es el libro único, ó mejor dicho todavía, es el libro. »

Llenar á Rollin de elogios tan pomposos es comprometerle y sin dejar de hacer justicia á su espíritu sensato y juicioso, creemos que debe admirársele con más discreción.

**División del *Tratado de los estudios*.** — Antes de llamar la atención sobre las partes más importantes del *Tratado de los estudios*, digamos en algunas palabras cuál es el objeto de los ocho libros que lo componen.

El *Tratado* empieza con un *Discurso preliminar* en que se exponen las ventajas de la instrucción.

El primer libro se intitula: « *Ejercicios que convienen á los niños en su edad más tierna y educación de las jóvenes*. El mismo Rollin confiesa que no trata sino muy superficialmente « ese doble asunto » que es ajeno á su primer plan. En efecto, la primera edición del *Tratado de los estudios* sólo contaba siete libros y no fué sino hasta 1734 cuando Rollin escribió « por súplicas é instancias de varias personas » ese tratadito de educación pueril y femenina que pareció primero en forma de suplemento y no se convirtió en primer libro de la obra sino en ediciones posteriores.

« Varios ejercicios propios para formar la juventud en los estudios públicos », es decir en los colegios, tal es el objeto de los seis libros que siguen: libro II: *Inteligencia de las lenguas*, es decir el estudio del latín y del griego; libro III: *De la poesía*; libro IV: *De la retórica*; libro V: *De los tres géneros de elocuencia*; libro VI: *De la historia*; libro VII: *De la filosofía*.

El libro VIII y último, titulado: *Del gobierno interior de las clases y de los colegios*, tiene un carácter particular. No se trata en él de estudios ni de ejercicios intelectuales, sino de la disciplina y de la educación intelectual. Esta es la parte más original y más interesante de la obra de Rollin que nos descubre en ella los tesoros de su experiencia y con razón se ha llamado á ese libro las: « *Memorias de Rollin* ». Su mérito y su encanto consisten en que el autor se decide

por fin á ser él mismo : no cita ya tanto á los antiguos, habla en su nombre y cuenta lo que ha hecho ó visto hacer.

**Reflexiones generales sobre la educación.** — Poco provecho puede sacarse del *Discurso preliminar* de Rollin. En las reflexiones generales no es muy acertado y cuando se atreve á filosofar, incurre fácilmente en lugares comunes. Diserta para demostrar que « el estudio da al espíritu más amplitud y elevación y da también capacidad para los negocios ».

Sobre los fines de la educación, Rollin, que copia á los modernos cuando no traduce á los antiguos, se conforma con reproducir el preámbulo del reglamento de Enrique IV que asignaba á los estudios tres resultados : la ciencia, las costumbres y la religión.

« La felicidad de los reinos y de los pueblos y por consecuencia de un Estado cristiano, depende de la educación de la juventud, en la cual se tiene por objeto cultivar con el estudio de las ciencias, el espíritu, todavía en bruto, de los jóvenes; disponerlos así para cumplir dignamente los puestos á que estén destinados, sin lo cual serían inútiles para la república, y enseñarles, en fin, el culto religioso y sincero que Dios exige de ellos, la adhesión inviolable que deben á sus padres y á su patria, y el respeto y la obediencia á que están obligados para con príncipes y magistrados. »

**Estudios de la primera edad.** — Rollin es original cuando nos introduce en las clases de los grandes colegios donde vivió; pero no lo es tanto cuando nos habla de los niños que nunca vió de cerca. No conoció la vida de familia; apenas frecuentó las escuelas populares y sólo á través de sus recuerdos de Quintiliano nos habla de la infancia.

Poco hay, pues, digno de mencionarse en las páginas que consagró á los estudios de la primera edad, es decir, de los tres á los seis ó siete años.

Lo más importante acaso, en ellas, es el método que recomienda para aprender á leer, « *el bufete tipográfico* de M. du Mas ». Es una novedad, dice Rollin. « y al oír esta palabra « novedad » es bastante común y natural que se sienta desconfianza; » pero después de algún examen declárase en pro del sistema en cues-

tion, que consistía en hacer del aprendizaje de la lectura algo análogo al trabajo del obrero impreedor. El niño tenía frente á él una mesa sobre la que estaban puestos casilleros que contenían inscriptas en tarjetas las letras del alfabeto, y debía ordenar sobre la mesa las letras necesarias para formar las palabras que se le pedían. Las razones que da Rollin para recomendar este método, del cual había visto pruebas satisfactorias, demuestran que se daba cuenta de la necesidad de actividad y del carácter del niño :

« Esta manera de aprender á leer, tiene entre otras ventajas, la muy importante de ser agradable y divertida y de no parecer estudio. Nada tan cansado ni tan fastidioso en la infancia como la contención del espíritu y el reposo del cuerpo. Aquí el niño no fatiga su espíritu y busca sin trabajo en su memoria, porque la diferencia y el título de las casillas causan en él una impresión sensible. No está obligado á un reposo que lo entristece, teniéndole siempre pegado en el lugar donde se le quiere hacer leer. Los ojos, las manos, los pies, todo entra en acción. El niño busca sus letras, las saca, las arregla, las invierte, las separa, vuelve á ponerlas en su sitio y este movimiento es muy de su agrado y conviene admirablemente al carácter inquieto y bullicioso de esa edad. »

Rollin cree todavía que « ningún peligro hay en comenzar por la lectura del latín ». Sin embargo, « para las escuelas de los pobres y las de aldea, vale más, dice, participar del sentimiento de los que creen necesario empezar por la lectura del francés. »

Sin duda se encontrará que Rollin recarga un poco los primeros años de estudio del niño, que antes de llegar á los seis ó siete años debe haber aprendido á leer, á escribir, saber el *Catecismo histórico* de Fleury y algunas fábulas de La Fontaine, y haber estudiado la gramática francesa y la geografía. Al menos, Rollin exige que no se deje pasar « ningún pensamiento, ninguna expresión que esté fuera de su alcance ». Quiere que el maestro hable poco y haga hablar mucho al niño, « lo cual es uno de los deberes más esenciales y menos practicados. » Exige ante todo, claridad en el discurso y alaba el uso de figuras y estampas en los libros de lectura. « Son muy adecuadas, dice, para herir la imaginación de los niños y

fijar su memoria; es, propiamente, la escritura de los ignorantes (1). »

**Educación de las jóvenes.** — Iguales razones sirven para explicar la deficiencia de las miras de Rollin sobre la educación de las mujeres y la medianía relativa de su pedagogía para el niño. Encerrado en su soledad y celibato, Rollin no tiene en estos asuntos concepciones personales, y así como para los niños se refiere á Quintiliano, refiérese á Fenelón tratándose de las mujeres.

¿Conviene para una joven el estudio del latín? Tal es la primera cuestión que estudia; pero tiene la sensatez de resolverla negativamente, excepto para « las religiosas y también para las doncellas y las viudas cristianas ». El sexo, dice muy claramente Rollin, no pone diferencia entre los espíritus. Pero no lleva muy lejos las consecuencias de ese excelente principio y se conforma con exigir á las mujeres las cuatro reglas de la aritmética; la ortografía, aunque no muy rigurosamente: « No hay que culparlas de esa ignorancia de la ortografía, que es casi general en su sexo; » y la historia antigua y la de Francia, « que para todo buen francés es vergonzoso ignorar (2). » En cuanto

(1) Apenas hizo Rollin alusión una sola vez á la enseñanza primaria propiamente dicha. Citamos el siguiente pasaje á título de curiosidad: « Se ha implantado desde hace varios años en las escuelas de pobres de París, un método que es muy útil para los colegiales y ahorra mucho trabajo á los maestros. La escuela está dividida en varias clases. Sólo tomo aquí una de ellas: la de los niños que pintan ya las sílabas y hay que juzgar, en proporción, de las restantes. Supongo que el tema de la lectura es *Dixit Dominus Domino meo: Sede a dextris meis*. Cada niño pronuncia una sílaba, como *Di*: su émulo que está frente á él dice la que sigue *xit*, y así sucesivamente. Toda la clase está atenta, porque el maestro, sin avisarlo, pasa de pronto del principio de una banca al centro ó al final y es preciso ligar sin interrupción. Si un colegial se equivoca en alguna sílaba, el maestro da sin hablar un golpe en la mesa con la vara y el émulo tiene que repetir como debe ser, la sílaba que se ha pronunciado mal. Si éste se equivoca también, el que sigue vuelve á empezar la misma sílaba hasta que haya sido pronunciada correctamente. He visto con verdadera alegría, practicar con éxito este método, hace más de treinta años, en Orleans, donde se implantó gracias á los cuidados é industria de M. Garot, que presidía las escuelas de esa ciudad. »

(2) Rollin, sin embargo, no la impone á los jóvenes. ¶

á la lectura, Rollin es tan severo como Madama de Maintenón: « La lectura de comedias y tragedias puede ser muy peligrosa para las jóvenes. » No autoriza más que la *Esther* y la *Atalia* y admite la música y el baile pero sin entusiasmo y con precauciones infinitas:

« Una experiencia casi universal demuestra que el estudio de la música disipa extraordinariamente.

» No comprendo por qué se ha hecho tan común la costumbre de hacer que las jóvenes aprendan á cantar y á tocar... Oigo decir que en cuanto están establecidas en el mundo no lo aprovechan de ningún modo. »

**Estudio del francés.** — Lo que sobre todo preocupa á Rollin es el estudio de las lenguas antiguas; pero tiene el mérito, á pesar de su predilección por los ejercicios latinos, de haber seguido la inspiración jansenista en lo que se refiere á la importancia concedida á la lengua francesa:

« Es vergonzoso, dice, que ignoremos nuestra propia lengua, y si queremos hablar con verdad, confesaremos casi todos que nunca la hemos estudiado. »

Rollin confesaba que él mismo tenía « mucha mayor práctica en la lengua latina que en la lengua francesa ». Al principio de su *Tratado*, que no escribió en francés más que para ponerlo al alcance de sus jóvenes lectores y sus padres, pide disculpa por ensayarse *en un modo de escribir que es casi nuevo para él*; y d'Aguesseau, felicitándolo, le escribía: « Habláis el francés como si fuese vuestra propia lengua. » En tal caso se encontraba el rector de la Universidad, en Francia y á principios del siglo XVIII.

Debe agradecersele, por tanto, que haya dominado sus hábitos de espíritu, para recomendar el estudio del francés. Quiere que se aprenda no sólo por el uso, sino también « por principios », y « que se profundice su genio y se estudien todas sus delicadezas ».

Rollin estima en mucho la gramática, pero no hasta admitir su abuso:

« Lecciones repetidas y largas sobre una materia tan seca podrian llegar á ser muy fastidiosas. Cuestiones cortas, hechas regularmente todos los días á manera de conversación en las que se les consultara á ellos mismos y en que se tuviera el arte de hacerles decir lo que se trata de enseñarles, los instruiría divirtiéndolos y gracias á un progreso insensible, continuadas durante varios años, les darían un profundo conocimiento del idioma. »

En el *Tratado de los estudios* es en donde se encuentra formada por primera vez una lista de obras de autores clásicos franceses. Algunas están olvidadas ahora, por ejemplo, las vidas particulares escritas por M. Marsolier, y la historia de la *Academia de inscripciones y bellas letras* de M. de Boze; pero la mayor parte han sido conservadas en nuestros programas y las indicaciones de Rollin se han observado durante dos siglos, para el *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet, para las obras de Boileau y de Racine y para la *Lógica* de Port-Royal.

Rollin, como todos sus contemporáneos, recomienda sobre todo á sus discípulos las composiciones latinas. Sin embargo, dijo algo acerca de la composición francesa que versaría en primer lugar sobre fábulas y narraciones históricas; luego sobre ejercicios de estilo epistolar y por último sobre lugares comunes, descripciones y arengas cortas.

**El griego y el latín.** — Rollin empleó sobre todo, los recursos de su arte pedagógico en la enseñanza de las lenguas antiguas. Durante dos siglos, se obedecieron sus consejos en las escuelas universitarias. Tratando del griego censura el estudio de los temas y reduce él de esa lengua á la comprensión de los autores. Más latinista que helenista, de todos los argumentos que da para justificar el estudio del griego, el mejor es el de que siempre se enseñó desde el Renacimiento, aunque confiesa que sin grande éxito:

« Los padres, dice, no están bien dispuestos en favor del griego. Aseguran haber aprendido también el griego en su juventud y no haber conservado nada de esa lengua: el lenguaje común es el que demuestra que no se ha olvidado mucho. »

Pero el latín, que no basta aprender á leer y que es

preciso escribir y aun hablar, es objeto de todos los cuidados de Rollin, que en este punto da muestras de experiencia consumada. A semejanza de Port-Royal pide que no se abuse de los temas en las clases inferiores y aconseja el uso de los temas orales; pero recomienda sobre todo la versión y la explicación de los autores:

« Los autores son como un diccionario viviente y una gramática parlante en donde se aprende por experiencia la fuerza y el verdadero uso de las palabras, de las frases y de las reglas de sintaxis. »

No es éste el lugar oportuno para analizar las partes del *Tratado de los estudios* relativas á la poética y á la retórica y que son el código algo anticuado hoy, del verso y del discurso latinos. Rollin revela en ellas gran sagacidad, pero á la vez, espíritu estrecho: condena la mitología de los antiguos; excluye como peligrosos á los poetas franceses (salvo algunas raras excepciones), y cree que « el verdadero uso de la poesía pertenece á la religión ». No tiene, pues, ninguna idea de la saludable y bienhechora influencia que pueden ejercer sobre el espíritu las bellezas de la poesía y de la elocuencia.

**Rollin como historiador.** — Rollin se hizo célebre como historiador. Federico II lo comparaba con Tucídides; Chateaubriand lo llamó enfáticamente el « Fenelón de la historia » y el mismo Montesquieu escribió de él: « Un hombre honrado encantó al público por sus obras de historia: es el alma que habla al alma y se experimenta íntima satisfacción al oír hablar á la virtud: es la abeja de Francia. »

La crítica moderna ha hecho justicia á esas exageraciones y apenas se vuelven á leer en la actualidad los trece volúmenes de la *Historia antigua* que publicó Rollin de 1730 á 1738. El gran defecto de Rollin, como historiador, es el de carecer de erudición y de espíritu crítico. Acepta con credulidad todas las fábulas y todas las leyendas.

Reconozcamos, sin embargo, que como profesor de historia, y á decir verdad no queria ser otra cosa,

Rollin vale más que como historiador. Sabía hacer fácil y agradable la exposición de los hechos y procuraba, sobre todo, hacer resaltar de los acontecimientos, la lección moral: « No se debe olvidar, dice un Alemán de nuestra época, que nunca tuvo Rollin pretensiones personales al título de investigador en materia histórica y que más bien tenía por objeto un fin pedagógico. Como fué el primero que introdujo la enseñanza de la historia en los colegios franceses (esto sólo es cierto si se trata de los colegios de la Universidad), procuró remediar la falta completa de lecturas históricas propias para la juventud. Este es un gran hecho pedagógico; pues es indiscutible que la naturaleza de sus obras es de aquellas que dan á la juventud de todas las naciones verdadera afición al estudio de la historia así como una profunda intuición de las diferentes épocas y de la vida de los pueblos (1). »

**Enseñanza de la historia.** — Falta mucho, sin embargo, para que considerado Rollin como simple historiador, sea irreprochable. Sin duda es conveniente moralizar la historia y convertirla, como lo dice, « en escuela de sólida gloria y de verdadera grandeza »; pero ¿ acaso no se compromete necesariamente la exactitud histórica y no se está expuesto á hacerla pueril cuando no se tiene como guía más que la idea de la edificación moral?

Otro defecto más grave de Rollin es el de omitir sistemáticamente la historia de Francia y con ella toda la historia moderna; y en esto, anda atrasado respecto del Oratorio, de Port-Royal, de Bossuet, de Fenelón y de Madama de Maintenón. Es interesante, además, hacer notar que Rollin reconoce la utilidad de los estudios de historia nacional, pero se funda, para descartarlos, en la insuficiencia de la época:

« No hablo de la historia de Francia... No creo que en el transcurso de las clases pueda tenerse tiempo para dedicarse á este estudio, pero estoy muy lejos de considerarlo como indiferente y veo con tristeza que lo descuidan muchas personas á quienes podría

(1) El Dr. Wolker citado por M. Cadet en su edición de Rollin. París, 1832.

ser muy útil por no decir necesario. Al hablar así yo soy el primero en acusarme; pues confieso que no me apliqué bastante á él y me da vergüenza ser hasta cierto punto extranjero en mi propia patria después de haber recorrido tantos otros países. »

**La filosofía.** — Rollin busca la edificación moral tanto en los estudios filosóficos como en los históricos. No muy competente en tales materias, él mismo confiesa que no se dedicó sino muy superficialmente al estudio de la filosofía. Conoce, sin embargo, el valor de la moral y de la lógica que rigen las costumbres y perfeccionan el espíritu; de la física que nos proporciona multitud de conocimientos curiosos, y de la metafísica en fin que fortalece el sentimiento religioso. La moral de la antigüedad le parece digna de atención y en su juicio, es el prefacio de la moral cristiana.

**Enseñanza científica.** — Rollin dió un compendio de astronomía, de física y de historia natural. Estos ensayos no tienen, sin duda, más que escaso valor. Los conocimientos son á menudo inexactos, sus ideas generales son mezquinas y cree todavía que « la naturaleza ha sido formada para el hombre »; pero merece, no obstante, algunos elogios por haber comprendido el papel que la observación del universo sensible debe desempeñar en la educación:

« Llamo *física de los niños* un estudio de la naturaleza que casi no exige más que ojos y por tal motivo, está al alcance de toda clase de personas y aun de los niños. Consiste en estar atento á los objetos que la naturaleza nos presenta; en examinarlos con cuidado y en admirar sus diferentes bellezas, pero sin profundizar sus causas secretas, lo cual corresponde solamente á la física de los sabios.

» Digo que los niños son capaces de ese estudio porque tienen ojos y no carecen de curiosidad: quieren saber y preguntan. Es preciso no despertar ni sostener en ellos más que el deseo de aprender y de conocer que es natural en todos los hombres. Este estudio, si así debe llamarse, lejos de ser penoso y cansado, no ofrece más que placer y diversión; puede hacer las veces de recreo y comunemente no debe hacerse sino jugando. No puede comprenderse cuántas cosas aprenderían los niños si se supieran aprovechar todas las ocasiones que ellos mismos nos proporcionan. »

**Carácter educativo de la pedagogía de Rollin.**  
— No hay que figurarse que Rollin tuvo exclusiva-

mente por fin él de formar latinistas y literatos. Bien sabemos que él mismo dijo que « su principal objeto era formar el gusto ». Sin embargo, pensó en otra cosa: en las cualidades morales y en los talentos de la inteligencia, y quiso formar á la vez « el corazón y el espíritu ». Toda la enseñanza toma con él un giro educativo y no aprecia la ciencia sino porque nos conduce á la virtud. En la explicación hay que fijarse en la moralidad de sus pensamientos, por lo menos tanto como en sus bellezas literarias y deben ponerse hábilmente de relieve las máximas y los ejemplos que contienen sus escritos á fin de que esas lecturas sean á la vez que lecciones de moral estudios de buen decir. En una palabra, Rollin pertenece á la tradición de los jansenistas y no á la de la Compañía de Jesús.

**Cristianismo de Rollin.** — Aunque Rollin fué perseguido por sus tendencias jansenistas, era un ferviente cristiano: no le basta « una probidad romana »; quiere una virtud cristiana, y pide, por consecuencia, que la enseñanza religiosa se mezele en todas las lecciones. Un reglamento que data de su rectorado exigía al alumno que en cada clase aprendiese y recitase todos los días una ó varias máximas tomadas de la Santa Escritura; uso que se ha conservado hasta nuestros días. Rollin sabía, además, que la mejor manera de infundir la piedad es predicar con el ejemplo y ser uno mismo piadoso:

« Formar verdaderos cristianos: he aquí cuál es el fin de la educación de los niños; todo lo demás no debe considerarse más que como medios para alcanzarlo... Cuando un maestro ha recibido ese don, ya no hay nada que decirle... »

El espíritu religioso de Rollin se revela en cada página de su obra:

Sólo me falta, dice al concluir su introducción, rogar á Dios en cuya mano estamos, nosotros y nuestros escritos, que bendiga mis buenas intenciones. »

**Disciplina interior de los colegios.** — La parte del *Tratado de los estudios* que ha conservado más

sabor y que se estudiará con más provecho es, sin duda alguna, la que trata del *gobierno interior de las clases y de los colegios*. Aquí, aunque no abandona por completo su método de citar á otros autores y aunque se inspira particularmente en Locke, cuyos sabios consejos sobre los castigos y las recompensas reproduce casi textualmente, Rollin dispone de larga experiencia personal. Le hemos reprochado que no conozca al niño; en cambio, sabe á las mil maravillas lo que son los colegiales algo mayores: los niños de diez á dieciséis años. Y no solamente los conoce, sino que los ama con ternura y hace acerca de ellos la manifestación — que sólo puede explicar el cariño — de que siempre los encontró juiciosos.

**Enumeración de las cuestiones tratadas por Rollin.** — Para dar una idea de esta parte del *Tratado*, lo mejor es reproducir los títulos de los trece artículos de que se compone el capítulo denominado: *Advertencias generales sobre la educación de la juventud*.

I. Qué objeto hay que proponerse con la educación. — II. Estudiar el carácter de los niños para estar en aptitud de instruirlos bien. — III. Tomar desde luego autoridad sobre los niños. — IV. Darse á querer y á respetar. — V. De los castigos: 1º Inconvenientes y peligros de los castigos; 2º Reglas que para ellos deben observarse. — VI. De las reprimendas: 1º Motivos para regañar; 2º Momentos en que debe regañarse; 3º Manera de hacer las reprimendas. — VII. Hágase comprender á los niños la razón. Pique-seles el amor propio. Empléense elogios, recompensas y caricias. — VIII. Acostumbrar á los niños á que sean verídicos. — IX. Acostúmbrase á los jóvenes á que sean corteses, limpios y cumplidos. — X. Hacer agradable el estudio. — XI. Conceder descanso y recreo á los niños. — XII. Formar á los jóvenes para el bien, por medio de palabras y ejemplos. — XIII. Piedad, religión y celo para la salvación de los niños.

**Educación pública.** — Rollin no se manifiesta categóricamente en pro de la superioridad de la educación pública; ni se atreve á dar un consejo formal á los padres, pero es preciso hacer resaltar las ventajas de la vida común de los colegios que evidentemente prefiere él á la educación privada. Notemos además que acepta « la máxima capital de los antiguos:



que los niños pertenecen más á la república que á sus padres ».

**El látigo.** — Rollin, en materia de disciplina, se inclina más bien del lado de la dulzura y no se atreve á declararse abiertamente contra el uso del látigo. Sobre todo, lo que le detiene, lo que le produce escrúpulos, lo que le impide expresar una queja que está en el fondo de su corazón, pero que no llega á sus labios, es que hay textos de la Biblia cuya interpretación favorece el empleo de las disciplinas. Es interesante observar cómo, entre sus sentimientos de cristiano dócil y sus instintos de dulzura, el bueno y tímido Rollin trata de encontrar un sentido menos riguroso al texto sagrado y convencerse á sí mismo de que la Biblia no ha dicho lo que quiso decir. Después de estas vacilaciones termina expresando que los castigos corporales deben permitirse, pero que no hay que emplearlos sino en los casos extremos y desesperados : conclusión que es también la de Locke.

**Los castigos en general.** — Por lo demás ; cuántos prudentes consejos da sobre los castigos y las precauciones que deben tomarse cuando se castiga ó reprende ! Hay que cuidarse de castigar al niño en el momento en que comete su falta, porque así se podría exasperarle y excitarle para otras. Que el maestro castigue fríamente y que evite la cólera, que desacredita su autoridad. Sería necesario citar todo lo de ese excelente código de disciplina escolar y cuando guía é ilumina al maestro en sus relaciones con el discípulo, Rollin es todo razón, todo sensatez. La mayor parte de estos preceptos no es, sin duda, completamente nueva, pero cuando pasan por boca de Rollin, agrégaseles ese no sé qué que da al consejo más trillado la autoridad de la experiencia personal.

**Conclusión.** — No insistiremos en las demás prescripciones de Rollin. Es necesario leer en el texto sus reflexiones acerca de los juegos, de las recreaciones, de los medios de hacer agradable el estudio, de la necesidad de dar á entender desde temprano la razón al niño y de explicarle por qué se hace esto ó aquello. En esta última parte del *Tratado de los estudios*, hay una psicología completa del niño á quien no le falta

ni delicadeza ni penetración y, sobre todo, un código de disciplina moral que no sabíamos recomendar lo bastante á los educadores, á todos aquellos que quieren, según la frase de Rollin, « formar á la vez el espíritu y el corazón » de los jóvenes. Rollin ha trabajado para la virtud más que para la ciencia. Sus libros son más bien obras morales que producciones literarias y el mismo autor es la significación perfecta de lo que puede hacer para educar á la juventud, el espíritu cristiano unido al espíritu universitario.